

Mirador

Yukio Mishima.

Para no morir del todo

MARÍA ESTHER NÚÑEZ

Yukio Mishima (1925-1970), autor japonés controvertido y espléndido como pocos, vivió con dos obsesiones: el erotismo y la estética. El erotismo como símbolo místico cuya consecución es la muerte; la estética como su vía de expresión. Fue poseedor de muchos talentos, los cuales desarrolló con férrea disciplina: como escritor —su faceta más conocida, que lo llevara a ser considerado para el Premio Nobel en tres ocasiones—, creó novelas, cuentos, ensayos, Teatro No, guiones cinematográficos; también fue director de cine, actor, experto en artes marciales y físicoculturista, entre otras vocaciones. Destacó por la gran lucidez de su prosa: la inteligencia con que develó el lado oscuro de hombres y mujeres, incluido él mismo; el rebelde desafío a la sociedad de su tiempo, la impúdica y valerosa exposición de su vida interior a los ojos del mundo. Se suicidó a los cuarenta y cinco años de edad cometiéndolo *sépuku* —la manera de los viejos samurais—, en la cumbre de su fama y facultades y en un acto absolutamente estético donde mostró “la amarga dulzura del gran principio moral” que lo guió, y cuyo sensacionalismo e incomprensión, desafortunadamente, han opacado una magnífica obra literaria.

Dentro del vasto trabajo que nos dejó, tenemos una serie de fotografías que él se mandó tomar y que, después de su exhibición en Tokio en 1962, publicó en un libro titulado *Barakei*. Esta palabra expresa su contenido: *Bara*



Yukio Mishima fotografiado por Eikoh Hosoe.
Del libro *Barakei*, 1962.

significa ‘rosa’ y *kei* ‘castigo’. En su traducción al inglés, Mishima lo intituló *Killed by Roses*.

Pero, ¿qué es una fotografía?, ¿dónde radica su misterio? Es mentira que la fotografía preserve la memoria. El efecto que tiene en mí como espectadora es semejante al de presenciar un asesinato. Miro una fotografía y veo a la muerte. Un fantasma que resucita, un pasado que insiste y que intento inútilmente colocar en mi memoria colmada de olvidos.

La memoria es un registro de vida y la fotografía es el registro de instantes muertos. Momentos de un pasado que se eterniza, distorsionado, en una imagen plasmada en un papel que también, irremediamente, perecerá. Pero mientras existe y la miro, olvido el olvido e instauró en su lugar una ficción.

Y entonces, ¿para qué fotografiarse?, ¿por qué perseveramos en paralizar a los amigos, a



la familia?, ¿cuál es el objeto de esas muertes artificiales y chiquitas? Porque nos gusta sentirnos dioses, crear. Porque la fotografía, lo mismo que la literatura, funda realidades otras. Nos gusta reproducir el mundo conocido, única manera de engañar al olvido, aunque sea convirtiéndolo en una sustancia estática, referente sin alma. Una realidad llena de cadáveres. Testimonio que solamente testimonia, deformado, lo que ya no existe. La imagen fotográfica es, por excelencia, la Gran Mentirosa. A menos que se trate de una obra de arte.

En estos casos, en el arte, no hay decepción posible. Lo capturado posee la virtud de que el significante sobrepasa lo significado: una rosa sostenida en los labios de un hombre es mucho más que la suma de lo que uno conoce y evoca como “una rosa” o como “un hombre”. La composición fotográfica artística se transforma en algo diferente a los elementos

que la constituyen. Aquí, la visión de lo muerto se transmuta en algo que va más allá de cada una de sus partes formales, algo completamente nuevo y vivo. El impacto emocional provoca un parto en cada espectador.

En *Barakei*, libro de fotografías de Mishima tomadas por Eikoh Hosoe —entonces fotógrafo vanguardista—, se evidencia un complejo mundo interior. La sensación primera ante esas imágenes que nos exceden y sobrepasan es una suspensión del ánimo, una ambigüedad que paraliza al pensamiento; deja éste de fluir al carecer de lógica inmediata. Captamos en lo no expresado una violenta inmovilidad, un escándalo soterrado que deja en la conciencia un empedrado que hay que descifrar. Una estética siniestra de algo que, debiendo permanecer oculto, se ha develado ante nuestros ojos. Y así, foto tras foto, Yukio Mishima se va convirtiendo él mismo en obra de arte, para no morir del todo. ~